

En un ejercicio que sin duda puede ser mejorado, pero al que hay que saludar como aportación válida al examen de la situación nacional, la Secretaría de Programación y Presupuesto presentó al público, el lunes pasado, la versión del gabinete económico sobre el estado actual de la crisis, a partir de cómo ha marchado el gasto federal en el primer trimestre del año.

La visión que el documento ofrece del acontecer nacional es distinta de la percibida cotidianamente por los ciudadanos. No se encuentra en el informe, por ello, una tentativa de engatusamiento a los ciudadanos. Sería muy riesgoso que el gobierno lo intentara, después de que tanto insistió en que estaba hablando con la verdad desnuda, y después de que nos asustó de tan exagerada manera con el desastre que sus predecesores (es decir, los propios gobernantes de hoy) hablan causado. No hay mentira en lo dicho por la SPP. Hay, quizá, un punto de mira diferente.

El estratega que manda un ejército puede, situado en una atalaya que le permita abarcar el campo de batalla completo, observar los movimientos de las fuerzas enemigas y de las suyas propias, calcular si sus flancos resistirán el asedio, y llegar a la certidumbre de que así será. De ese modo, por el panorama que su posición le propicia, puede estar tranquilo respecto de la suerte de la batalla. Pero abajo, en la trinchera, sin tener otra perspectiva más que el rudo enfrentamiento que no cesa y que

causa perjuicios crecientes en las líneas, los soldados rasos no pueden experimentar en el valle, el mismo ánimo que el general en la cumbre, porque los balazos los rozan y hasta los hieren y matan, y ellos tienen cada vez menos parque. Menos tranquilos pueden estar si por añadidura, no confían mucho en la ciencia y las habilidades de sus dirigentes. Tales soldados rasos, sin embargo, abren resquicios entre la angustia y la desesperación que simultánea o alternativamente los asalta, para dejar lugar al humor, unas veces acre como su propio ánimo (como cuando se dice que las cosas mejorarán... apenas empiece a gobernar la nueva administración) o francamente risueño, jugueteón (como cuando se propone enviar al gabinete económico a Líbano o Israel, para que se Medio-Oriente).

Es decir, aun admitiendo que el retrato de la nación expuesto por la SPP contenga los datos más veraces sobre ella, el control de los aspectos más agudos de la crisis que proclama no se ha traducido en vivencias cotidianas. Es verdad que la crisis se vive de modos diversos

en la ciudad que en el campo, en las grandes urbes que en las pequeñas comunidades provincianas. Pero sigue siendo realidad ominosa, acuciante. Los marginados urbanos por ejemplo la padecen casi como nadie. Piénsese en la ya veinteañera Ciudad Nezahualcóyotl, donde la violencia amenaza convertirse en un problema mayor que las carencias económicas de sus pobladores, y donde la crisis puede desembocar en una de sus peores facetas. El problema que genera allí el alza de tarifas en los autobuses es sólo la punta de un *iceberg* que sin amarillismo, sino con responsabilidad, es preciso mencionar y tener presente. A tales marginados, si se enteran acaso del informe de la SPP, les parecerá que se habla de otro país, de otro momento, de otra crisis, pues la que ellos sufren tiene afilados sus más desgarradores dientes, como también les ocurre a los campesinos que se niegan a entregar sus cosechas a los precios vigentes y toman oficinas agropecuarias para protestar por el *golpeo* a sus ingresos que esa política de precios significa.

De la atalaya a la trinchera

Miguel Angel Granados Chapa

En último término, lo que importa es la gente, su tranquilidad (¿no en las fórmulas idílicas caras al actual se asegura que los gobiernos se instituyen para hacer la felicidad de los pueblos?), su bienestar y su bienser. Si las cifras cuadran en los papeles compuestos por los técnicos, no sea ello, en sí mismo, ocasión de satisfacciones, porque pueden resultar vanas, y peligrosas. Nada peor ante un conflicto que suponerlo domado a partir de indicadores que estén insuficientemente arraigados en la entraña de la sociedad.

Traducir a hechos comunes los datos dibujados en las oficinas es una exigencia que no parte sólo de quienes suelen verlo todo oscuro, espeso, confuso. Don Fidel Velázquez también la expresa, y pocos dudarán que el prototipo del mexicano satisfecho es el líder de la CTM. Desde la altura de sus ochenta y tantos años, la mitad de los cuales los ha vivido como dirigente obrero principal; sin impugnación a su mando, desdeñoso de sus críticos, temido o respetado por muchos, puesto en pedestales antes de morir, no se diga que es un descontentadizo amargado. Así, tampoco él cree que el panorama nacional tenga la claridad que en él percibe el gabinete económico. Tal vez porque, a pesar de todas las intermediaciones, no ha perdido comunicación con los trabajadores, con la gente rasa en función de la cual hay que gobernar.